

Emilio Gentile, *¿Quién es fascista?, 1817-1823*, Madrid, Alianza Ed., 2019 (e-book).

El mismo año que Laterza publicó en Italia *Chi è fascista*, Carlo A. Caranci lo tradujo al español. Su autor es el historiador italiano Emilio Gentile, conocido por el público español por sus libros *Fascismo. Historia e interpretación* (2005), *La mentira del pueblo soberano en democracia* (2018) o *Mussolini contra Lenin* (2019). Gentile es un especialista en el fascismo y los procesos y acontecimientos históricos en torno a él, temas a los que ha dedicado numerosas obras: *El culto del lictor. La sacralización de la política en la Italia fascista* (1994), *Los orígenes de la ideología fascista* (1996), *El Apocalipsis de la Modernidad* (2008) o *El fascismo en tres capítulos* (2010). Ha publicado también: *La democracia de Dios* (2008), sobre la religión norteamericana después del 11 de septiembre.

Confieso es el primer texto que estudio de Gentile y lo hago con interés pues he leído fue alumno de Renzo de Felice y se considera su discípulo. Este librito nació de las respuestas a las preguntas que sus alumnos de la romana *La Sapienza* y los asistentes a conferencias suyas le hicieran, y está armado al modo de un diálogo con un anónimo interlocutor. El autor las ha organizado en seis capítulos más un prólogo y un epílogo.

En el «Prólogo. Fascismo, eterno retorno», niega que el fascismo esté de vuelta, que haya un fascismo eterno (Umberto Eco), que no es sino una falsificación del conocimiento histórico por una errónea analogía que denomina «ahistoriología», alimentada por las denuncias de comunistas y socialistas. Los ingeniosos argumentos para develar las falsas analogías y limitar así el fascismo al que se llama «histórico», son correctos en muchos casos pero ello no asegura que el autor acierte siempre en el análisis. Para muestra, un botón: el español Vox no es sino un «partido de extrema derecha nacionalista católica» (p. 13). Como telón de fondo —que no acaba de descorrerse— está la democracia, a la que no hay que debilitar con cuentos de vieja.

En «El fascismo nunca ha existido» (cap. 1), Gentile rechaza la tesis, que califica de «desfascistización del fascismo», por ejemplo, reduciéndolo a la figura de Mussolini, y otras estrategias de banalización. Entonces, «Fascista: ¿quién?» (cap. 2), exige un diligente examen del fascismo para no incurrir en una absurda elasticidad del concepto. Y aquí la primera revelación: el propio Mussolini llamaba fascistas a los militantes de los Fascios de Combate que era «un movimiento orientado hacia la realización de la democracia

política y de la democracia económica» (p. 36), a la que pronto se asoció el antibolchevismo, la reacción antiproletaria, para después de acabada la IIGM se generalizara indiscriminadamente por todo el mundo, formando un «fascismo genérico» sacándolo de su matriz histórica que es la italiana. Siendo esto correcto, nuevamente emite un juicio que es un chabonada: De Gaulle, dice, fue «un nacionalista tradicional» (p. 42).

Había también aquí dos cabos que asir y no abandonar: el origen socialista de los Fascios y la democracia inserta en la elemental doctrina fascista; pero Gentile no le dio más importancia. Ya se verá la razón.

El capítulo 3: «El antifascista fascista», explica este fenómeno de la universalización del fascismo como descalificación, que es táctica inveterada del comunismo, si bien el PC italiano en 1935 buscó la unión fraternal con los hermanos de camisa negra, comulgando ambos en el *Risorgimento*. Luego, en «El fascista del 19, o sea, el falso centenario» (cap. 4), vuelve a la historia del fascismo italiano –que, creo, nunca abandonó– despejando la idea de otro origen. Gentile sostiene que el fascismo no nació en los nativistas norteamericanos del XIX, en la alianza de nacionalismo y socialismo no marxista de Georges Sorel, o en el nacionalsocialismo alemán. El 23 de marzo de 1919, fecha de fundación de los Fascios de Combate en Milán, no es la de la fundación del fascismo, que Gentile retrasa hasta el 11 de noviembre de 1921 en el que aquellos se convirtieron en el Partido Nacional Fascista que tomaría prontamente el poder.

Pareciera aquí retomar la cuestión ideológica que apunté, porque dice que el movimiento del 19 «no era nada revolucionario, anticapitalista, demagógico y populista» (p. 76); en cambio, el partido del 21 es antidemocrático, contrario al liberalismo, totalitario (p. 82). En el fondo, es una manera de no enfrentar la cuestión de la democracia, sólo estableciendo una discontinuidad de nombres e idearios.

Por eso el capítulo 5 anuncia: «El fascista totalitario», como contrapunto de H. Arendt que en *Los orígenes del totalitarismo* había negado la adjetivación. Gentile, en cambio, lo sostiene como rasgo esencial, agregando que el fascismo es «un original experimento de modernismo político y religión secular antitética al cristianismo», no un fenómeno reaccionario, tradicionalista y beato (p. 87). Ahora bien, en la explicación del cambio entre el 19 y el 21, Gentile recurre a un método que había apartado apenas comenzar:

Mussolini. Así surgió el régimen totalitario, de sometimiento de la sociedad y sacralización de su concepción política integrista instrumentada por un partido único como partido milicia.

En «¿Y si no fuese fascista?» (cap. 6), que es lo mismo que repetir ¿quién es fascista hoy?, entonces, ¿vuelve el fascismo? Algunos dicen que sí, y lo ven hasta en «la pasta», travestido, hecho hábito, etc.; pero Gentile prefiere el escepticismo de cara a este fascismo camaleónico, porque hoy será fascista sólo el que se sienta heredero del fascismo histórico. De aquí que el «Epílogo» sea una invitación a recorrer el mapa histórico del fascismo, que con aspecto de recapitulación, sintetiza los rasgos del fenómeno.

Debo decir que comparto a rasgos generales la síntesis de Gentile, pero me temo que en la exposición de lo que es el fascismo, el componente ideológico está algo debilitado, especialmente lo que de común tiene ese ideario con el de otros partidos. Lo apunté respecto de la invocación democrática. Pero, como vimos, la opción de Gentile ha sido no indagar la relación fascismo/democracia e introducir la cuestión del totalitarismo, que se presenta como un cajón de sastre en el que todo cabe: partido único, militarización, movimiento de masas, integrista, monopolio del poder, Estado nuevo, subordinación social, homogenización ciudadana, religión política, revolución antropológica para remodelar al hombre, pensamiento mítico, Estado partido, corporativismo, nacionalismo, ideología anti ideológica, dinamismo de revolución permanente, racismo, antisemitismo, etc. (pp. 95-101, 126-129).

No discuto la perversidad ni la modernidad del fascismo. Las suscribo. Pero lo que me disgusta del libro de Gentile es el «cielo ideológico» en el que está escrito, que se resume en un match: fascismo vs. democracia, totalitarismo vs. democracia. Democracia –otro cajón de sastre– en el caben todos (comunistas, socialistas, populistas, liberales, republicanos, nacionalistas, etc.) menos los fascistas y los totalitarios. Democracia que, apoyada en el método electivo de los gobernantes, aspira a un ideal bastante rastrero: «La creación de una sociedad de ciudadanos libres e iguales en la que cada uno pueda desarrollar su propia personalidad, sin discriminaciones de ningún tipo y respetando a los demás» (p. 120).

Estamos frente a un libro ligerito, livianito, democrático y antifascista, que se deja leer, pero del que se puede pasar sin haberse perdido nada. Puesto a un costado, tal vez convenga releer al maestro, Renzo de Felice.

Juan Fernando SEGOVIA